

ct

Yo, la rabia

de
Gerardo Oettinger Searle

(separata)

Personaje

Soledad Escobar: actriz de unos 45 años.

Lugar

Un baño.

Notas

«Yo, la Rabia» es parte de una serie de cuatro monólogos escritos por cuatro dramaturgas y dramaturgos, «Acciones inconclusas» de Isidora Stevenson, «Jeanette-La cantante» de Bosco Cayo, «Rata» de Carla Zuñiga y «Yo, la rabia» de Gerardo Oettinger.

Donde cuatro actrices, Alexandra Von Hummel, Alejandra Oviedo, Tamara Acosta y Andrea García-Huidobro, se hacen cargo de un relato sobre el encierro, compartiendo una misma identidad SOLEDAD ESCOBAR, habitando distintos territorios y tiempos históricos, reflexionando cómo sus nombres y lo que significa afecta sus vidas. «Soledad Escobar» es una puesta teatral/audiovisual que profundiza sobre aquellos únicos y particulares lugares mentales que el encierro nos ha obligado a habitar. Un encuentro forzoso con nuestra conciencia.

Fue presentado en el ciclo en Matucana 100 No Para y el Festival de Quilicura, dirigido por Andrea García-Huidobro y ejecutado por la compañía Estudios Norte.

SOLEDAD

(Soledad está en el baño actuando y se queda en blanco. Comienza a sentir mucha vergüenza.) Ya, no. No. Lo siento Andrea, no puedo seguir. Ya son tres veces. Algo no está funcionando. Y claramente no soy yo. Gerardo, lo siento, el texto no me entra no más. No es por tí. Está bueno, corre, me llega. Cresta. Cresta. Disculpen. Compañeras. Compañeros. Querido público. Nunca me había pasado. Qué vergüenza. Es lo peor que le puede pasar a una actriz. Quedarse en blanco. Pero me deben conceder que no he dejado de dar cara. Se podría decir que la obra todavía sigue. ¿Y qué tiene de malo quedarse en blanco?, ¿por qué ahora tengo que verme obligada a improvisar y hacer algo que no quiero y que me violenta? Gerardo, no me odies. Mi directora. Amiga mía. Equipo, discúlpame. Es que simplemente no puedo concentrarme en la obra. Sé lo que viene. Ahora tenía que tirar la cadena del water. Mojarme la cara. Ir a la cocina y tener la escena con mi marido, Torvaldo, mi compañero Gustavo, ya saben. Escena donde él me va a pedir perdón y me va a proponer que lo intentemos. Y yo lo iba a hacer. Porque la verdad, en esta versión rara de Casa de Muñecas en pandemia, no sé, es como oportunista. No sé. Y quiero opinar. No me miren así, me voy a quedar aquí hablando. No me voy a salir de escena, no voy a decirle al público que hay un intermedio de nada, ni que pueden ir al baño. Sé que el texto plantea un conflicto profundo sobre la mujer. Pero está escrito por Ibsen que era hombre y, más encima, la reescritura de la obra fue hecha por otro hombre y eso me hace ruido. Claro, porque ante un mundo creado y diseñado por ellos, ellos siguen hablando de nosotras; esa es la tragedia de Nora, de las mujeres. Puta, me rebelo como actriz. Y dejo de representar esta obra, como una expiación, una tragedia moderna.

Se les devolverá la plata. Y si la producción no puede, lo haré yo misma. Es mi responsabilidad. Yo acepté esta pega. No me debería molestar, pero me molesta. Me irrita. Me saca de quicio.

Bueno, es verdad que nosotras le pedimos que escribiera el texto. Pero quizás no debió aceptar. No sé. La obra no es mala, ¿ah? Hay textos que me gustan, como esta discusión con Torvaldo: “No, qué tonteras dices Torvaldo. Las mujeres no nos jubilamos, trabajamos toda la vida, lo dice un estudio, idiota, y tu madre lo sabe mejor que nadie, sabes bien lo que te digo, porque eres un mamón. ¿Sabes que después de los 70 años llegamos a trabajar hasta 40 horas semanales? Y él me va a decir que: “Sí, bueno, muchos hombres también trabajan toda la vida”, como mi padre. Y sí, es verdad. Pero. Si no fuera por los “peros”, este mundo sería un paraíso.

Y, claro, el Gerardo, que es un maldito dramaturgo, logra ponerse en nuestro lugar, porque al final somos todos humanos, humanes, como se dice ahora; humanes ultra diversos pero ultra iguales a la vez como un puzzle cuántico.

Yo me quedo en blanco, Gerardo, Andrea, Ale, porque tengo rabia, ira, furia y pena y angustia y decepción. Pero tengo que estar fuerte por Bosco y Marcia. Mis hijos.

Y todos los que estamso acá, sabemos que el trabajo que no se paga es esclavitud.

Y claro. En el teatro no ganamos nada. Y hasta las compañías teatrales más exitosas se están disolviendo por la crisis. Pero a todos nos pasó lo mismo. Porque soy actriz. Y claro ahora esto es virtual, que no es teatro, ya sabemos, pero tiene un buen alcance y bueno es como una herramienta para entregar contenido, y claro, lo del sexo, eso. He tenido un par de citas virtuales, sí. Me han servido para conocer gente. Pasarlo bien. Yo, a diferencia de mi personaje, sí he tenido sexting. Es más, con una persona que está en el público. No le pongo tanto color a mostrar si hay confianza. Tiene que haber confianza, sí. Porque un huevas puede cagarte la vida con tus fotos o vídeos. Esos malditos que rompen la confianza así, merecen lo peor. La directora, como ven, y la diseñadora y la productora, están shock. Y, las entiendo y les pido disculpas chicas. En este mundo hay una idea

errada de lo que significa trabajar. Pero lo que puedo hacer es hacer una performance. Y modificar la obra. Es o no es. ¿Está actuando o improvisando? Todo eso que impresiona a ustedes, público; los trucos posmodernos.

Si no les importa, voy a hablarles de mí, de Soledad Escobar como persona, y espero les pueda servir. YO, SOY LA RABIA. Me siento como una Furia de las tragedias griegas. Una diosa traviesa de la suerte. Jugar a ser dueñas de nuestros propios destinos. Y las mujeres somos las furias de la Orestíada. Y la justicia por mano propia y la venganza terminan en tragedia. Siempre. No somos inmunes a la suerte. Hay que estar psicológicamente preparadas. Que no nos aflija lo que no podemos controlar. Ser estoicas. Ser furias. Y nuestra misión es castigar los crímenes humanos que nacieron del esperma y la sangre que cayeron sobre Gea cuando Cronos castró a Urano y blablabla. Un clásico de las tragedias. Y cuando ese desgraciado esté durmiendo, cortarle los cocos.

Cuando la ira comienza a formarse hay un lapso de tiempo.

Se siente venir la ira. Dejarse llevar por ella. Parar la obra. Detener el mundo. Si quieres la paz, prepara la guerra. Maldita violencia, ¿por qué te empeñas en teñir de sangre la tierra? Eso es. Eso es cursi. Pero es que toda buena obra tiene que tener algo cursi. Algo Universal. Furiosas, hemos comprendido nuestro lugar en el mundo, humilladas y explotadas, ustedes, mujeres, comprenderán también por qué me encuentro aquí.

Aprendí una forma de vivir nueva en este encierro. Y ahora la dejo atrás y viene esto nuevo, que es como lo de antes, pero no puede ser como antes. Me adapté ya al encierro y ya me da lata desadaptarme. Volver a vivir básicamente.

Me gustaba no saber que iba a pasar, esa excitante sensación de Apocalipsis. ¿Cuánto va a durar todo esto? ¿Estaré encerrada por mucho tiempo? Ya me adapté. Quiero volver a mi rutina. A actuar. Pero en los escenarios. No es por desmerecer el teatro por internet. Pero. En eso soy más enchapada a la antigua. Esto lo hago. Y lo volvería a hacer. Claro. Más concentrada. Pero, el teatro debe sobrevivir como sea, ya sea por zoom, podcast o en un escenario. La representación no puede morir.

Dejar de ejercer el oficio de una da miedo, pero también, justifica mi desaliento, mis ganas de abandonarlo todo. Ya estaba deprimida antes de la pandemia. No era depresión, era capitalismo, dijeron en la revolución de Octubre. Y sí. Puede ser. No sé qué era.

¿Quién chucha soy ahora? ¿Qué hago? No puedo hacer otra cosa. No sé hacer otra cosa.

Si no actúo no soy la que soy.

Adaptarse a una nueva normalidad. ¿Y si no quiero?

Tenemos que inventar cosas que hacer.

¿Cuánto tiempo va a durar esto? Ya les dije, no lo sé.

Cuando llegue la vacuna Rusa. Claro o china o gringa.

Quizás, esto cambió para siempre.

¿Algo volverá a ser como antes?